Buscando Follón

Jordi Évole Periodista



Paracaídas

El jueves fui a Empuriabrava (Girona) a saltar en paracaídas. No fue un arrebato que me dio después de la humillación del Bernabeu. No. Fui por trabajo, y acabé cayendo al vacío. Te cogen en una avioneta, te suben a doce mil pies (¿a quién se le ocurriría medir a pies, y no en palmos o en uñas?), te enganchas por detrás a un monitor, se abre una compuerta, entra un frío del copón, te congelas, te colocas al borde del precipicio, y, prácticamente sin avisarte, el tío al que vas enganchado salta, y tú con él.

Te precipitas al vacío, a doscientos kilómetros por hora, que si los picoletos se enteran te quitan todos los puntos del carné. La caída libre dura unos 50 segundos. Las sensaciones son inexplicables: miedo, gritos, insultos, y los oídos te pitan como si alguien estuviese rajando mucho de ti.



Cuando la caída, en vez de 50 segundos, dura dos temporadas, ¿cuáles son las sensaciones? Las mismas: miedo, gritos, insultos y los oídos te pitan como si alguien estuviese rajando de ti.

Hace un par de años, alguien decidió que en el Barça en vez de jugar a futbol, íbamos a hacer deportes de aventura. Y en eso estamos, viviendo muchas emociones, pero ninguna positiva. Eso sí, no nos podemos quejar de las descargas de adrenalina que estamos teniendo. Propongo convertir en politono la rajada de **Joan Maria Pou** en RAC1, después del tercer gol del Madrid.

A mi el jueves, después de los 50 segundos en caída libre, se me abrió el paracaídas. Y el descenso fue pausado, incluso bonito. Pude disfrutar del paisaje del Alt Empordà. El sueño de volar se hacía realidad, pero al final acabé tocando con los pies en el suelo. Menos mal.

En cambio, en Can Barça todavía no se nos ha abierto el paracaídas. Hace cinco años, cuando también veníamos de una caída libre espectacular, no sólo se nos abrió uno, se nos abrieron dos paracaídas. Uno: el de **Joan Laporta**, en el que todos confiamos, sin miedo a embaucos. Y el otro, el de **Ronadinho**, un paracaídas que nos hizo vivir en el cielo, sin llegar a tocar con los pies en el suelo.

Nos autoconvencimos (o autoengañamos) que aquellos no eran paracaídas, eran globos aerostáticos desde donde teníamos unas vistas al infinito impresionantes. Y ahora la sensación es que por más lastre que tiremos, el globo no sube porque se ha pinchado. O reventado. Y en el mercado no venden parches de ese tamaño ●

Mundo Deportivo - 10-05-08